

Ensayo

Recuerdos de infancia

José María Rodríguez Tejerina

*Después de todo, todo ha sido nada
a pesar de que un día lo fue todo.*

José Hierro
Cuadernos de Nueva York

La lectura de la "narración" de Eduardo Haro, *El niño republicano*, me retrotrae a mi niñez, transcurrida también durante los primeros años de la Segunda República Española.

Nací en Madrid, el 29 de enero de 1921, sábado, bajo el turbador signo de Acuario. En el paseo Príncipe de Vergara, al final del mismo, en el número 60, principal derecha, en la frontera con el extrarradio de la ciudad.

Príncipe de Vergara

En la misma avenida, en la acera de enfrente, esquina a la calle Maldonado, estaba el colegio de Primera Enseñanza, "Eduardo Benot".

Príncipe de Vergara tenía aires de "boulevard" parisiense, con su ancha acera central bordeada de falsos plátanos; los árboles de las bolitas de "pica-pica". Nuestra casa estaba cerca ya de la calle Diego de León, y contigua al palacete de don Santiago Alba. Aquella parte del barrio de Salamanca tenía, aún, muchos desmontes y solares por edificar. Los chicos solíamos corretear por ellos y jugar al fútbol en el cercano campo de la Gimnástica. Incluso cazábamos ranas en una charca próxima. Yo era, sin embargo, un chico retraído, tímido, poco proclive a participar en los juegos infantiles comunitarios. Me gustaba más dibujar, leer libros de toda clase, sobre todo de Emilio Salgari y Julio Verne.

Recuerdo al vecino del principal izquierda, don Claudio Freijo, hombre muy delgado, maldiciente, profesor, que construía, en sus ratos de ocio, absurdos juguetes de madera. Y, a otro vecino, de un piso, superior, conocido periodista del ABC, que se quejaba continuamente de que "su mujer vomitaba siempre". Un día la tuvieron que operar de un "cólico miserere", y se murió.

Una tarde, desde el paseo, vi como se enrojecía el cielo por la parte del Oeste. Era el terrible incendio del teatro Novedades, que causó numerosos muertos, pues los espectadores, aterrorizados, intentaron huir de las llamas por las estrechas puertas, y se aplastaron unos con otros.

Los veranos íbamos, mis padres y yo, al Norte. A Gijón, Santander, San Sebastián; Guernica. Todavía conservo una hoja de roble, disecada, del célebre árbol de Guernica, con un calado que dibuja un árbol, su tronco atravesado por dos perros.

A mí no me gustaba ir a la playa, y mucho menos tener que someterme a los obligados chapuzones que me proporcionaba un bañero en el Sardinero, para que pudiera ver un hipotético cangrejo "que había en el fondo del mar". Los bañistas adultos se bañaban agarrados a la maroma. Con unos bañadores a rayas horizontales que les cubrían casi todo el cuerpo. Pero la mayor parte del tiempo lo pasaban sentados en unas grandes sillas, "canastas", de mimbre, al resguardo del sol, muy vestidos. Mi madre, Amelia, jamás se bañó. Y, mi padre solía llevar un sombrero de paja, un "canotier", y corbata de pajarita. Tampoco le vi jamás meterse en el mar. Sí le recuerdo contando a unos amigos que, la noche anterior, era en San Sebastián, había ido en busca de una farmacia de guardia y se tropezó en el malecón con don Jacinto Benavente, abrazado a un robusto negro.

La "Lineal"

El reuma de mi progenitor y los tenaces cólicos nefríticos de mi madre, hicieron que nos decidiéramos por veranear en la Ciudad Lineal, la colonia residencial, próxima a Ma-

drid, que fundara don Arturo Soria, y que, según los ingenuos higienistas de la época, era el lugar más sano de España. Al principio alquilamos un chalé, propiedad de un maestro de obras, el "seño" Ciríaco, mas terminamos por construimos uno. Aquel hotelito se llamaría "Villa Amelia" y, al final de la Guerra Civil, lo ocuparon las rebeldes tropas comunistas que establecieron en él su Cuartel General. Acabada la contienda, hubo que venderlo. Nos lo compró un comerciante de lámparas, Fernández-Concejo, que tenía una lujosa tienda en la calle Arenal. Este acaudalado mercader, lo vendió pronto al famoso torero "Manolete" quien, a su vez, se lo regaló a su amante, una artista hispanoamericana que murió muy tempranamente y se llamaba Lupe, Lupita Sino.

"Villa Amelia", con sus lirios blancos y violetas, sus acacias, sus pocos árboles frutales, jugó un papel destacado en mi niñez. Rememoro algunos sucesos que dejaron honda huella en mi espíritu.

A la Ciudad Lineal íbamos en un tranvía que partía de las Ventas del Espíritu Santo. En la "Lineal", como se decía, tuve algunos amigos. Juntos correteábamos por el campo, hacíamos castillos de barro, cazábamos grillos y lagartijas y hormigas de alas. Lanzábamos al aire cometas, panderos las denominaba mi padre que era sevillano. Y, sobre todo, nos dedicábamos con frenesí, a confeccionar cepos para cazar pájarillos, trampas que cebábamos con las gruesas hormigas de ala y colocábamos en las ramas bajas de los pinos.

Al lado de "Villa Amelia", que hacía esquina a dos calles, había un solar que compraron unos amigos de mi padre. El se llamaba Dionisio Prieto, era maestro del Grupo Escolar Cervantes y estaba muy identificado con el quehacer pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza. Hombre castellano, de parla grave, sosegada, solemne, muy metido en política. Recitaba de continuo versos de Antonio Machado:

*Encinares castellanos
en laderas y altozanos...*

Santiago Carrillo lo cita a él y a su hermano Ildelfonso, "dos buenos profesores del

Colegio Cervantes, de Cuatro Caminos", en su libro *Memorias*.

Dionisio Prieto no tuvo tiempo de construir nada en su solar. Murió en el exilio, en Burdeos, años después. Tenía el matrimonio una hija, Carmencita, que estudiaba en el Instituto-Escuela. La recuerdo como a una niña muy guapa, muy seria; muy inteligente. La veo, todavía, apoyada en un eucaliptus que había en el ángulo del jardín de "Villa Amelia", recortando su esbelta silueta en el cielo altísimo, de Castilla, con su blusita blanca y su falda negra plisada.

Mi primera comunión

Una de las vivencias más intensas de mi infancia, tal vez sea la de mi primera comunión. Me preparó para ella, con otros niños, un maestro del "Eduardo Benot", sumamente beato, don Mariano Perales, que no hacía sino repetirnos en sus pláticas que, si comulgábamos en pecado mortal, moriríamos en el acto. Yo entonces, y pese a mi timidez, decidí jurar, impíamente, en voz baja a ver lo que me pasaba. Ni que decir tiene que el tan señalado día, al bajar las gradas del altar, con mi flamante trajecito blanco de marinero, a poco me caigo redondo, del miedo que pasé de verme fulminado por el inexorable castigo divino. La hostia no me pasaba de la garganta; menos mal que los parientes que asistían al acto achacaron mi marcha vacilante a mi mucha devoción.

Pienso, ahora, que se refería el dómine, sin duda, a la masturbación que era, por entonces, el gran pecado de la infancia y pubertad. Pero yo, en mi absoluta y pueril inocencia, lo atribuí a las metafísicas blasfemias.

El 14 de abril

Otra remembranza muy fuerte, es la proclamación de la Segunda República Española. Vivíamos ya por entonces en la calle Torrijos 71, duplicado. Mi padre me llevó, pese a las protestas de mi madre, a la Puerta del Sol,

aquella noche del 14 de abril. -"Será un recuerdo inolvidable para tí"- me auguró mi progenitor.

Parecía que íbamos a vivir todos, a partir de esos momentos, en el reino de Jauja. Lo creía también mi padre, que estaba últimamente decepcionado con la actitud política del rey Alfonso XIII, y bastante acorde con la doctrina preconizada en un artículo de Ortega y Gasset titulado, "Delenda est monarchia".

Gran parte del vecindario de Madrid estaba en la calle desde por la mañana. "Igual -dice un anciano- que cuando entró Alfonso XII en la Corte y fue a caballo desde Atocha al Palacio Real".

La gente reía, gritaba, cantaba. Nadie sabía la letra de la Marsellesa, pero todos tararean su música. Los más enterados entonan coplas del Himno de Riego:

*Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar
subirían al coro gritando
¡libertad, libertad, libertad!*

"-Ya se ha ido, ya se ha ido! Vociferan algunos.

-¡No se ha ido que le hemos barrido!" gritaban otros.

Los más jóvenes y audaces se subían al techo de los tranvías, se apiñaban agarrados a sus troles. Muchos se encaramaban a las rejas de las ventanas y trepaban a los balcones.

"-A las tres de la tarde -afirma a voces un mozalbete- ya había una bandera roja en el Palacio de Comunicaciones, en Correos, en la plaza de la Cibeles". "A las dos horas justas fue sustituida por una bandera tricolor".

Flameaban improvisadas enseñas rojas, amarillas, moradas, a lo largo de la calle de Alcalá. Y se exhibían pancartas con grotes-

cos dibujos de Martínez Anido, Mola y Berenguer.

Parecía la Puerta del Sol el escenario de una gran fiesta de títeres.

En el balcón, engalanado, del Ministerio de Gobernación, bajo el reloj, unos señores, a los que no conozco, saludan a la multitud, sonrientes.

-¡"El más viejo es Lerroux!" -puntualiza un menestral con gafas que está a nuestro lado.

¡"Y el del pelo blanco -continúa- es Alcalá Zamora!"

Estoy aturdido, un poco asustado.

Ahora, al cabo de más de sesenta años, la memoria de aquella remota tarde de primavera se me parece teñida de melancolía. Y entreverada con extraños recuerdos de la misma jornada.

El portero de nuestra actual casa de la calle de Torrijos se ha quedado paralítico. De media parte del cuerpo. Su mujer, sin embargo, está muy esperanzada. Cree que se va a curar enseguida. En cuanto le toque el nervio trigémino en la nariz el doctor Asuero, un médico muy milagroso que vive en San Sebastián.

El barrendero borrachín que viste un raído uniforme de pana parda y limpia la acera, levanta su escobón y amenaza:

-¡"Ya somos todos iguales! ¡Viva la República!"

La señora cuarentona, obesa y viuda, del entresuelo derecha, que tiene dos perros lúlus blancos, primorosamente adornados con cintitas de colores, no puede disimular tampoco su fervor republicano:

-¡"Ya era hora, ya era hora!"- repite anhelante.

La única que calla, no dice nada, es mi madre.